

ITALIA

CAPÍTULO PRIMERO

NÁPOLES Y EL REY FERNANDO

Rada de Trieste, 30 de Julio de 1851.*

El 30 de Julio de 1851, a las siete de la noche, veía yo en fin cumplirse uno de mis mas queridos deseos, un deseo acariciado hacia mucho tiempo, el de emprender un gran viaje marítimo. Dejaba con algunos de mis amigos mi hermoso país de Austria: el momento era solemne para mí, porque aquella era la primera vez que abandonaba mi patria para hacer una larga permanencia en la mar. La chalupa nos llevó rápidamente, y cerca de las ocho de la noche, en medio de los acordes del himno nacional, subiamos a bordo de nuestro palacio flotante, la fragata la *Novara*, cuyo nombre para un austriaco era ya de buen agüero. Se despidieron de nosotros las personas que nos habian acompañado, se levantaron las escaleras móviles y quedaron interrumpidas las relaciones con la tierra; apenas tuve tiempo para enviar algunas líneas escritas apresuradamente en el camarote del capitán. Comenzaba a declinar el día y era preciso levantar la última ancla; esta operación fué laboriosa y reclamó los mayores esfuerzos: un nuevo sistema francés adaptado a la máquina, entorpecía el movimiento y

* Habiendo nacido Maximiliano el 7 de Julio de 1832, tenía en esta fecha diez y nueve años y veintitres días.

ocasionaba detenidas perpétuas. Durante la maniobra, un hombre recibió un golpe tan fuerte en el pecho, que fué preciso trasladarlo a la enfermería. La corbeta de vapor la *Lucia*, nos sacó a remolque, y por fin, a las nueve pudimos ponernos en marcha. Arreglé lo mejor que pude mi camarote, que era grande y cómodo; pudiera decirse que era bonito, si un contraste demasiado desagradable entre el color de los muebles y el de las cortinas, no hubiese denunciado el mal gusto de la decoración del arsenal. A las diez tomamos el té, después de lo cual, me tendí en mi hamaca para disfrutar del reposo y del sueño de la noche.

Fragata imperial la "Novara," 31 de Julio de 1851.

De las ocho a las doce de la mañana he montado hoy mi primera guardia: la mar estaba agitada, el buque cabeceaba fuertemente, y no tardó en caer una lluvia violenta y fría. Las personas de mi comitiva experimentaron un fuerte malestar; en efecto, para el primer día la prueba era bastante dura. Al cabo de algunas horas, el viento se hizo de tal manera contrario, que fué preciso renunciar al remolque de la corbeta y bordear hácia tierra. Estábamos a la vista de las costas de Istria; pero el cielo estaba tan brumoso y el tiempo tan malo, que ningunos detalles interesantes se pudieron descubrir.

1.º de Agosto de 1851.

Desde las primeras horas de la mañana percibimos el monte *Osero* y algunas islas del *Quarneros*. El tiempo estaba bastante hermoso y la mar ménos agitada; pero todos se resentían del malestar de la noche. Monté mi guardia a las ocho: una somnolencia de plomo me agobiaba, sentía los piés cansados dentro de las botas demasiado estrechas, y tuve que hacer esfuerzos increíbles sobre mí mismo para sostenerme, hasta *la hora de los espíritus*. Las nubes se aglomeraban a lo léjos, los relámpagos y el rayo dirigían sobre el buque pálidas claridades, y como nada velaba el horizonte, y el agua reflejaba la luz, la vista se sentía en ratos dolorosamente cegada. Semejantes espectáculos que se desarrollan majes-

tuosamente en un teatro inmenso y grandioso, no son dados mas que al que recorre las vastas llanuras de la mar.

2 de Agosto de 1851.

Hoy se observan las costas del reino de Nápoles y la cima de los Abruzzos. Nos acercamos a ocho millas de la ribera italiana, y se distingue con la simple vista, la pequeña ciudad de Viesti. El país es boscoso, montañoso y está surcado de fajas amarillas de tierra. La ciudad, bastante insignificante, se eleva sobre una de estas colinas amarillentas. Un poco mas léjos se perciben viejas torres, como se encuentran también a todo lo largo de la costa: fueron construidas en otro tiempo para servir de defensa contra las invasiones de los turcos. Delante de Viesti cruzamos numerosas barcas napolitanas de velas caprichosas. El calor ardiente del sol nos advierte que hemos llegado a las regiones del Mediodía. Absorto en la contemplación de la mar que desarrollaba a mi vista su azul profundo é infinito, yo evocaba con gusto queridos recuerdos de un tiempo feliz, los de mi hermoso viaje a Oriente.

3 de Agosto de 1851.

Solamente en los Alpes y sus sombríos lagos de rocas ó en la extensión infinita de la mar, se vé lo que puede la naturaleza, de qué fuerzas dispone, cómo se levantan las aguas, cómo combaten el aire y las nubes. Conmovido el hombre, siente entónces su nada; pero el valor y el orgullo renacen en él, cuando piensa que su espíritu ha domado las olas y arrebatado el rayo a los cielos. Esta noche nos ofrecía uno de esos momentos sublimes, que subyugan el corazón y el alma, y todos estábamos conmovidos: era una lucha grandiosa entre los elementos; los relámpagos derramaban una claridad mas brillante que la luz del día, el rayo resonaba en truenos incesantes y formidables, violentas borrascas hacían oír silbidos agudos, la lluvia caía a torrentes. Me levanté cerca de las cuatro, me vestí apresuradamente y subí al puente para gozar de este espectáculo tan poco comun. La misa anunciada para las diez no pudo tener lugar, porque el capellán estaba enfermo y el cabeceo del buque era demasiado violento; sin embar-

go, se pasó revista y hubo música, como de costumbre, de diez a once.

Las costas napolitanas aparecieron de nuevo: estábamos a dos millas de la tierra, de manera que pudimos distinguir fácilmente la ciudad y el cabo de Otranto; ni la una, ni el otro tienen nada de notable. Se siguen viendo las viejas torres de que hablaba hace poco: el país es inculto y amarillento: esperamos que las riberas famosas del otro lado del cabo serán mas atractivas; de otra suerte, la antigua y admirable Grecia conservaría la palma de la hermosura, y las riberas de Nápoles tan encomiadas, tendrían dificultad en igualar los golfos magníficos de Patras y Lepanto. Un porvenir próximo nos revelará la verdad de las cosas en este particular, y ya tengo impaciencia por conocer el juicio que me voy a formar. Al caer el día cruzamos el cabo *Santa Maria de Leucca*, donde se percibe una iglesia célebre por la peregrinación de que es objeto. A la luz de la tarde, este país nos presenta un aspecto mas favorable: el sol se puso chispeante y radioso en una mar color de púrpura. El crepúsculo brillaba con tintes deslumbrantes, y este esplendor meridional me calentaba el corazón y me confortaba.

4 de Agosto de 1851.

Tuve necesidad de levantarme a las tres, porque me correspondía la guardia de cuatro a ocho. Un azar feliz me envió para mi primera *matutina*, una salida de sol magnífica.

Pronto descubrimos las costas de Calabria: son rocas desnudas como las presentan con demasiada frecuencia las regiones del Sur; pero la luz brillante del sol, está allí para revestirlas con una incomparable poesía. Desgraciadamente la fragata estaba muy lejos de la tierra para que pudiésemos distinguir claramente sus detalles. Almorzábamos de muy buen humor, cuando repentinamente un ruido sordo en la mar y los saltos de la espuma contra las paredes del buque, nos dieron un presentimiento siniestro: nos lanzamos al puente donde resonaba este grito horroroso: *¡Un uomo è caduto in acqua!* Una agitación indecible se extiende al punto: corro al castillo de popa y percibo con dolor a un desgraciado marino que había caído de la gran cofa, luchando contra las olas y es-

forzándose por aproximarse al buque, que se alejaba siempre mas. Se contiene el remolque, las velas son arriadas y violentamente se lanza una chalupa a la mar; el *salva uomini* había sido mal arrojado, solo el aparato de alumbrado había partido, y saltaba y humeaba detras del buque. Aquellos momentos fueron de una mortal agonía, de un terror indecible: a cada instante nos preguntábamos si el infortunado podría resistir, si tendría fuerza para mantenerse sobre las olas. En fin, á fuerza de remos, la chalupa avanzó y alcanzó al marinero: le vimos levantarse y apoderarse del borde.... gracias a Dios se había salvado. Le llevaron a la enfermería: no había perdido el conocimiento, y salió del riesgo sin grave daño.

Hoy esperábamos al viejo Etna como al Mesías: acechábamos, buscábamos, hacíamos mil conjeturas; pero en vano: el solemne anciano no quiso mostrarse, ó mas bien, permaneció siempre fuera del alcance de nuestra vista.

5 de Agosto de 1851.

Hice mi guardia de cuatro a ocho. Aquellos fueron momentos de un interés sublime, momentos durante los cuales una parte importante de la historia del mundo se desarrolló en cuadros ante mis ojos: de los vapores de la mañana se desprendía el viejo Etna, ese venerable testigo de tantos siglos que han desaparecido, de tantas épocas florecientes, de tantas decadencias de valientes naciones: en el seno del crepúsculo color de púrpura resplandecían las montañas de Sicilia, al pié de las cuales se cometieron tantos atentados famosos. De repente una luz brillante se extendió sobre los montes de la Calabria: el sol ardiente de Italia, ese envenenador de la sangre siciliana, lanzó sus rayos de fuego sobre la altiva Mesina, cuyos castillos, palacios y torres se destacaban relucientes sobre la rica verdura de los jardines. Era aquella ciudad que fundó en otro tiempo el genio sutil é inquieto de la Grecia, aquella ciudad en que el poeta hace llorar a la hermana *desposada* sobre dos cadáveres queridos, en que el puñal sumergido en un corazón francés, dió la señal de las *Visperas Sicilianas*, y en que apenas hace diez años, fué ahogada una lucha sangrienta entre un soberano y un pueblo. Pero Dios ha pronunciado su juicio so-

bre aquella ciudad culpable, y sus palacios están ahí para dar testimonio de la terrible sentencia; porque despues de los famosos temblores de tierra, los mas hermosos de aquellos no han conservado mas que un solo piso, y los pisos que desaparecieron, hoy solo se hallan reemplazados por los techos.

El sol en su carrera victoriosa arrojaba las sombras de la noche y disipaba la niebla: el Faro se nos aparecia con toda su magnificencia; los contornos de la tierra firme comenzaban á dibujarse con la luz del dia, y al pié de las montañas de la Calabria, salia sonriente de las olas azuladas, la amable ciudad de Reggio, engastada en la vegetacion exuberante del Mediodía. Los palmeros, sacudiendo sus nobles cimas, los limoneros y las parras, se desplegaban con alegría; un aire fresco y ligero nos traía los perfumes de las plantas meridionales. En segundo término, sobre las dos riberas se elevaban las montañas volcánicas de líneas pintorescas y claramente acentuadas. Los colores tenian esa ardiente brillantez tan querida al alma y á los ojos del hombre del Sur, y que reanima tambien el corazon de los hombres del Norte. Nos deslizábamos suavemente sobre una mar tranquila: la perspectiva cambiaba con frecuencia, porque no nos era dado poner el pié sobre aquel suelo clásico. Mesina se dibujaba en contornos cada vez mas acentuados: con el auxilio de un anteojo se distinguian claramente los fuertes y las iglesias, y pude leer yo mismo, sobre un largo edificio situado al borde de la mar, esta inscripcion: *Palazzo di Citta*. Lo que entre nosotros, con nuestra modestia alemana, designamos con el nombre de casa, el enfático italiano no vacila en decorarlo con el pomposo título de «palacio». Entre los monumentos observamos, sobre todo, un campanario cuyos órdenes de ventanas se elevaban en espiral. La ciudad es grande y está adornada con jardines magníficos. La comarca desarrollaba ante nosotros un panorama espléndido: todo era armonía en la calma sublime de la mañana; el Etna mismo respiraba suavemente, el humo salia de su cráter como un ligero aliento.

Las riberas comenzaban á estrecharse: nos aproximábamos á un nuevo teatro de acontecimientos históricos, llegábamos al estrecho famoso, tan celebrado por los poetas, de Caribdis y de Scylla. El horror que penetra á traves de los cantos de Homero, el

espanto que nos hace sentir el *Buzo* de Schiller, desaparecian ante la realidad. A la extremidad de una lengua de tierra árida, donde se encuentran una ciudad bastante importante y un faro macizo, poco elevado, está Caribdis, cuya boca quedó para nosotros pacíficamente cerrada. En fin, al pié de la montaña, junto á la orilla de la mar, se levantan los dientes de una negra roca, coronada con una fortaleza y enlazada por un puente á la tierra firme: es Scylla. Pasamos fácilmente, y sin piloto indígena, el estrecho muy poco temible que hizo temblar en otro tiempo al rey de Itaca y costó la vida al noble y hermoso jóven de la leyenda. Mi oído no pudo percibir mugidos ni aullidos, y la hija de los reyes no va ya á inclinarse sobre la punta de la roca para buscar las huellas del nadador intrépido.

Pronto nos volvimos á encontrar en plena mar, bajo el encanto de las riberas admirables que acababan de desarrollarse á nuestra vista. Tomé un librito de mi biblioteca y volví á leer los famosos versos:

“¿Connais tu la contrée où les citronniers fleurissent?” *

Y sin embargo, lo confieso, por magnífico que fuese el aspecto de Mesina, el de los golfos de Patras y de Lepanto me parecia mas magnífico aún.

Percibimos a la izquierda las islas Vulcano, Lipari y Panaria, y ante nosotros se elevaba Stromboli, de formacion enteramente volcánica, como lo prueba ya su configuracion. El fuego interior de la isla Vulcano está apagado hace muchos años; Stromboli, al contrario, aun humea y arroja lavas abundantemente. Ninguna de estas islas tiene grandes dimensiones; pero el Stromboli alcanza una altura de dos mil piés y se parece bastante á un pan de azúcar con la punta deprimida; su escarpe descende á pico a la mar, y solamente algunos pescadores pueden encontrar abrigo en él. A algunas leguas del Faro llamamos por señales al capitán de la *Lucia*, quien despues de haber almorzado con nosotros, se despidió de mí y se volvió a su bordo: el vapor ejecutó diferentes maniobras bastante brillantes, los hombres subieron á las vergas y

* ¿Conoces la comarca en que los limoneros dan flor?

lanzaron once hurras: la *Lucia* singló primero en direccion del Faro y muy pronto desapareció: vuelve a Trieste adonde llegará dentro de cinco ó seis dias. Nuestra marcha se hizo mas lenta desde que el buque-vapor dejó de remolcarnos. Por la tarde distinguimos claramente el humo del Stromboli; pero este fenómeno ofrecia poco interes, porque ningun fuego salia del cráter. Esperamos que el Vesubio haga en nuestro honor mas gastos que sus dos camaradas.

6 de Agosto de 1851.

El tiempo está soberbio, la mar en calma: quedamos desagradablemente sorprendidos al subir a cubierta, viendo otra vez el Stromboli a una pequeña distancia; el buque casi nada adelantó en toda la noche. Por la mañana se observan las costas de Policastro.

Hice mi guardia de seis a ocho de la tarde. La puesta del sol habia sido espléndida: el disco de fuego se abismaba majestuosamente en la mar tranquila y color de púrpura. Las montañas de Salerno, de color gris como las del Asia Menor, se recortaban nítidamente en el espacio; mas por muy poético que fuese este aspecto, era mortificante para el marino, porque la calma *chicha* habia descansado sobre nosotros sus alas de plomo, y el buque permanecia inmóvil como una isla solitaria en medio de la mar tersa. Apénas la última tinta de fuego se extinguió en el poniente, cuando la luna derramó sobre las olas sus plateados rayos: actualmente está en creciente y tendremos el plenilunio durante nuestra permanencia en Nápoles.

7 de Agosto de 1851.

Poco habiamos adelantado en la noche; porque cuando el tiempo se descubrió cerca de las diez, el Stromboli aun se levantaba frente a nosotros; pero esta vez, a lo menos, teniamos la compensacion de que de su cráter se escapaban nubes de humo en abundancia. Le perdoné, por esto, su proximidad y encendí mi cigarro para fumar como él. Parecia sufrir una agitacion violenta, los vapores aumentaban siempre sobre su cabeza, y formaban en el cielo

un penacho mas y mas espeso. A medio dia se levantó un poco el viento, de suerte que cerca de las tres ya percibí el Vesubio.

8 de Agosto de 1851.

Como los griegos delante de Troya, nosotros nos encontrábamos detenidos a la entrada de Nápoles. Todos los dias creíamos poder llegar; pero jamas teniamos un viento favorable. Esta mañana la mar está tersa como un espejo, y solamente nos encontramos a la altura de Nicosia: se distingue bastante claramente la ribera, y se percibe sobre una colina una pequeña ciudad, Nicosia misma tal vez. Las montañas son muy altas y descienden a poco hasta la mar, pero están desnudas y no se puede decir que sean precisamente hermosas. Durante todo el dia el calor es sofocante.

Fragata imperial la Novara,
9 de Agosto de 1851.

A las siete de la mañana me levanté para admirar los magníficos contornos de la isla de Capri. Esta ciudadela de rocas se levantaba majestuosamente del seno de la mar y dibujaba sus dentellones románticos sobre el cielo del Mediodía. Cerca de la ribera principal se empinaban, como las obras avanzadas de una fortaleza, arrecifes escarpados, de los cuales uno perforado por una y otra parte, forma sobre las aguas una puerta natural. La isla, a pesar de su suelo rocalloso, está habitada y es fértil: es la tierra productora del famoso vino de Capri. Por cualquier lado que se la contemple es siempre noble y pintoresca: ya son llanuras inclinadas cubiertas de verdura, ya paredes de rocas que bajan a pico hasta las olas, ya sobre las alturas aparecen formas de ciudadelas: por todas partes hay una admirable diversidad.

Percibimos por fin a Ischia y Prócida, islotes de formacion rocallosa, pero verdes y románticos: comenzábamos a entrar en el famoso golfo de Nápoles. Desgraciadamente el dia no estaba muy puro, pero el panorama se desarrollaba lentamente delante de nosotros: las montañas dibujaban sus contornos, los grupos de casas se desprendian poco a poco; nos aproximábamos mas, y algunos colores resaltaban del conjunto general: despues las formas de las

casas se acentuaban a su vez; nos interrogábamos mutuamente y nos mostrábamos los puntos notables; estábamos provistos de anteojos y éramos presa de esa agitacion interior, de esa emociion que se siente siempre al aproximarse a un lugar célebre que no se ha visto jamas. Yo me acercaba con cierto sentimiento de desafio: durante mi viaje a Grecia me habian tantas veces descrito a Nápoles como superior a lo que entonces recreaba mi vista, y uno de mis compañeros la habia elevado tanto sobre todo lo que él habia conocido, que yo estaba resuelto a no encontrar aquí mucho gusto. Cuando se toma semejante resolucion, se apresura uno a juzgar a primera vista. Me pareció pues la ciudad demasiado pequeña, las alturas que la dominan demasiado bajas; habria preferido verla al pié del Vesubio cubierta de nubes espesas; en general hubiera retocado muchas cosas. La atmósfera, ya lo he dicho, no estaba muy limpia; las colinas no dibujaban claramente sus contornos, la claridad de la luz meridional no animaba los colores, el cielo y la mar no tenia ese azul oscuro, de una belleza incomparable, y que nunca se olvida cuando una vez se ha visto. Nos acercábamos siempre: ya distinguíamos el castillo de San Telmo, el castillo del Huevo, la *Villa Reale* y otros puntos notables, y sin embargo, mi admiracion permanecia en suspenso. Preferia con mucho el lado del Vesubio y mas allá el que alcanza a Castellamare y Sorrento, donde se elevaban grandes montañas y se extendia un país verde y exuberante, de aspecto verdaderamente pintoresco. De repente la fragata vira de bordo y voltea el castillo del Huevo que se avanza en la mar: el Palacio Real aparece con sus formas macizas, sus verdes azoteas y su situacion majestuosa; las hileras de casas se desarrollan, las cúpulas se levantan, los palacios se desprenden. . . . comienzo a comprender que Nápoles es una gran ciudad y que es verdaderamente hermosa.

Arrojamos el ancla y esperamos con impaciencia la *pratica* que debía darnos la autorizacion para saltar en tierra; pero este favor se hizo desear mucho tiempo: habiamos descuidado tomar en Trieste una *patente de salud*, por cuyo motivo las doctas autoridades de Nápoles no quisieron permitirnos desembarcar y fué preciso esperar cinco horas. Se aclaró el tiempo, y un panorama admirable se presentó a nuestros ojos. A la derecha se elevaba en el borde

de la mar el altanero Vesubio con sus sombríos misterios y a sus piés la ciudad de Portici; mas léjos se extendia hasta frente de Capri una cadena de montañas de formas accidentadas, cuyos pliegues graciosos dejaban percibir a Castellamare, que se ostentaba sonriente en medio de un bosque de naranjos y su castillo real *Qui si sana*, Sorrento, cuyo nombre ha consagrado la poesia, y la pequeña ciudad de Masa. A la izquierda del volcan, cubierto aún con un ligero penacho de humo, se extendia una llanura inmensa y magnífica, hasta la ciudad apoyada en montañas sembradas de jardines. A pesar de lo larga que es la costa, apenas se interrumpe la serie de habitaciones hasta Portici.

En Nápoles las masas de las casas son irregulares y variadas, por ninguna parte se ven esas líneas monótonas y fastidiosas de las ciudades modernas. Muchos puntos interesantes eran los que mas resaltaban: el Palacio Real, imponente y macizo, con sus ladrillos de color claro, sus cenadores de naranjos, sus bóvedas de follaje enhiestas y ligeras, como los jardines de Semíramis; el castillo de San Telmo, cuyas construcciones piramidales coronan una altura en el centro de la ciudad; el castillo del Huevo que se levanta del seno de la mar como una obra avanzada a la izquierda del Palacio Real, y no está unido a la ciudad mas que por un puente; el castillo Nuevo con su ciudadela gris de los príncipes de Anjou, antiguo castillo-residencia de Nápoles; el macizo palacio Capo di Monte, del estilo italiano mas puro, levantándose en medio de las casas de campo y de los numerosos jardines que dominan a la ciudad, y construido por Carlos III para que sirviese de residencia de verano a los reyes napolitanos. Sobre la masa confusa de las casas se elevaban las cúpulas de las iglesias, cubiertas con tejas vidriadas que brillaban con el sol, así como la gran torre que está contigua al castillo *del Carmine*. Desde el lugar en que estábamos al ancla, el castillo del Huevo ocultaba las largas calles de la Villa Reale, así como la hilera de casas llamada *Chiaja*, el Corso de los Napolitanos. Detras del castillo se eleva sobre un terrado construido en la mar, un pequeño palacio real llamado *Chiatamone*, rodeado de árboles cuyas masas de verdor refrescan la vista.

A la izquierda de la ciudad, la costa describe un semicírculo

análogo al de la derecha: sobre las colinas de toba en forma de terrado, se escalonan numerosas y soberbias casas de campo. En la extremidad de esta cadena tan característica, en medio de la cual se ha formado la gruta famosa de Pausilipo, se percibe el puerto de Pouzzoles, con su fuerte coronado por un castillo y la fortaleza de Baja; las islas de Prócida y de Ischia vienen a cerrar este panorama admirable. Miétras que contemplábamos con curiosidad todas estas cosas, tuvimos como una fruición anticipada de las costumbres populares napolitanas: numerosas barcas pasaban alrededor de nosotros en la mar espumosa, y veíamos ya a los lazaroni y a los pescadores con su tez aceitunada, sus fisonomías animadas, sus gorras rojas cayendo sobre el hombro, y su traje tan próximo al estado de la naturaleza. Uno de ellos sin consideración ninguna, en medio de sus camaradas, se cambió de camisa a la vista de la fragata.

Al cabo de cierto tiempo llegó una chalupa trayendo a nuestro embajador, el mariscal de campo teniente Martini, quien desde su embarcacion entabló un diálogo con el capitán, pero no habiendo llegado aún la *pratica*, regresó á tierra para esperarnos. Expuesto sin defensa á los ardientes rayos del sol, aprisionado en un uniforme de gran parada, yo me ahogaba de calor. Cerca de las cinco en fin, pude bajar á una barca para hacerme conducir a la ribera. Miétras que remábamos con direccion al muelle de Santa Lucía, entre el castillo del Huevo y el Palacio Real, la fragata envió un saludo de veintiun cañonazos que le fué contestado al punto por una batería de tierra. A medida que la barca se aproximaba, comenzábamos a distinguir los detalles de la ciudad: las casas están oprimidas unas con otras, son muy altas y muy estrechas, algunas no tienen mas que una ventana en su frente. Los techos son de terrado: cada ventana tiene su balconcito de hierro. ¿Y qué no se vé en aquellos balcones? ¿Qué no se encuentra de divertido ó de extravagante en ellos? El balcon es un elemento esencial de la vida meridional: aquí en Nápoles, cuelgan en él sábanas y banderolas, en él se dan aire con el abanico, y en él se ostentan las flores y los monjes, todo con una *franqueza* italiana.

Saltamos por último al muelle despues de nueve dias de viaje por mar; y como por el golpe de una varita mágica, nos encon-

tramos trasportados a un mundo enteramente nuevo, un mundo tan agitado y tan confuso, que nuestros oídos y nuestros ojos necesitaron de algun tiempo para acostumbrarse a él. Desde nuestros primeros pasos en la tierra de Nápoles, nos vimos rodeados por los representantes de la vida popular: por aquí avanzaban gravemente por la calle dos capuchinos con grandes anteojos sobre sus venerables narices, para examinar mejor a los recién llegados; por allá se agitaba, en medio de la multitud ardiente y chillona, el tricornio gigantesco de un clérigo italiano, por todas partes acudía el ejército de los lazaroni rodeando en triunfo al tímido extranjero: era una animación, una confusión, un tumulto, inauditos para oídos germánicos. Comenzábamos a tener vértigos, y esta embriaguez de sensaciones aumentó cuando subimos con nuestro embajador en un vehículo indígena para recorrer la famosa calle de *Toledo*, la grande arteria de Nápoles; entre nosotros se habria tomado esta agitación por una sublevación popular, ó cuando ménos, por una mascarada en la época del carnaval: aquí es una algazara de todos los dias. Mi estupor era tan grande, que en medio de este extravagante desorden, un pequeño número de figuras solamente pudieron grabarse en mi memoria.

Aquí el pueblo *vive*: no está moralmente atrofiado ni replegado sobre sí mismo como en las otras ciudades; todos sus hechos y ademanes se ejecutan al aire libre, porque su actividad se despliega en la calle, y esto forma para el viajero recién desembarcado, un espectáculo de un atractivo sin igual, una maravillosa diversion. Las tiendas están al aire libre y descubiertas, los comestibles están amontonados en las calles: en medio de los mas hermosos productos del Mediodía, se ven los carneros y los marranos, los perros y los niños que juegan y se atropellan en el mas completo estado de naturaleza; los últimos, verdaderos pequeños Murillos, van y vienen atrevidamente con su traje primitivo entre los puestos de macaroni y los figones, y se apoderan de su comida en donde pueden, ó en caso necesario, en un muladar. En todas las esquinas de las calles se ven cajas de madera pintadas de colores, sobre las cuales se levanta una glorieta de columnas, adornada con hojas y naranjas, y circundando la imágen de una madona. Detrás de estas columnas se encuentran unos barrilitos